

de las nonas de Septiembre, haciendo que los soldados romanos considerasen á Galo como sabio inspirado por los dioses. Los macedonios, por el contrario, vieron en el funesto presagio que anunciaba la ruina del reino y el aniquilamiento de su nación. Este prodigio concordaba además con los vaticinios de sus adivinos. Así fué que los gritos y alaridos no cesaron en su campamento hasta que reapareció el disco de la luna. Tan profundo había sido el ardor de los soldados, que al día siguiente algunos censuraron al rey y al cónsul no haber trabado el combate. Perseo podía justificarse fácilmente, alegando que el enemigo había rehusado abiertamente venir á las manos, siendo el primero en retirar sus tropas al campamento, y además la falange, que era inútil en terreno desigual, se encontró en posición en que no podía desplegarse. Emilio, á quien se censuraba ya haber dejado escapar la víspera la ocasión de combatir y permitido al enemigo huir durante la noche, si hubiese querido hacerlo, al parecer corroboraba en aquel momento las acusaciones de los suyos ocupándose de un sacrificio, aunque desde el amanecer dió la orden de salir del campamento y formar en batalla. Al fin, á la hora tercera, después de ofrecer aquel sacrificio con las ceremonias acostumbradas, reunió el consejo. Era el momento de obrar y se consideraba que una arenga y una deliberación harían perder tiempo precioso: el cónsul dejó hablar á los descontentos y pronunció la siguiente oración.

«P. Nasica, joven valeroso y distinguido, fué el único que tuvo la franqueza de manifestarme su opinión, de todos los que querían pelear ayer; el silencio que guardó después de mi respuesta ha dado lugar á que crea que quedó convencido. Otros han preferido censurar á su general á su espalda á hacerle advertencias frente á frente; hoy daré á conocer gustoso los motivos de mis

aplazamientos; primeramente á ti, P. Nasica, y además á todos los que pensaban como tú, sin tener tu franqueza; porque lejos de arrepentirme de mi inacción de ayer, creo haber salvado el ejército con mi prudente conducta. Para que quedéis convencidos de que mi opinión descansa en graves motivos, examinad conmigo todas las circunstancias que nos eran desfavorables y todas las ventajas que tenía sobre nosotros el enemigo: la superioridad del número la tiene Perseo; ninguno de vosotros lo ignoraba, y ayer pudisteis convenceros al ver el desarrollo de su ejército en el campo de batalla. De nuestras fuerzas, tan débiles ya, la cuarta parte hubiese quedado guardando los bagajes, y bien sabéis que ordinariamente este cuidado no se encomienda á los más cobardes. Pero aunque hubiésemos podido disponer de todas nuestras fuerzas, ¿creéis que es pequeña ventaja haber pasado la noche en propio campamento y no tener que hacer otra cosa que salir á pelear hoy ó mañana, ó más tarde, si se considera conveniente, y con la protección de los dioses? ¿Acaso es indiferente llevar á la pelea tropas que no tienen que soportar ni las fatigas de la marcha ni la de los trabajos diarios; soldados frescos y descansados, que se han armado tranquilamente en sus tiendas y que avanzan con vigor y resolución, ó gentes extenuadas por larga marcha, abrumadas bajo el peso de su carga, cubiertas de sudor, atormentadas por sed devoradora, cegadas por el polvo, agobiadas por el sol abrasador del medio día y puestas delante de un enemigo descansado y dispuesto, que viene al combate con todas sus fuerzas? Decidme, por los dioses, si en tales condiciones el hombre más desprovisto de fuerza y valor no vencerá al soldado más animoso. Añadamos que el enemigo había dispuesto de tiempo sobrado para formarse en batalla, descansar y señalar á cada uno su puesto, mientras que nosotros teníamos

que formarnos apresuradamente y marchar al combate en completo desorden.

¿Pero se dirá, á fe mía, que aunque en nuestro orden de batalla hubiese habido alguna confusión y tumulto, teníamos al menos un campamento fortificado, provisión de agua asegurada por puestos escalonados hasta el río; que se habían hecho reconocimientos en los alrededores? Pues contestaré: ¿Teníamos acaso otra cosa que un campo de batalla? Nuestros mayores consideraban un campamento fortificado como puesto seguro á todo evento; de él salían para combatir, y cuando la fortuna les era contraria, en él se refugiaban después de la tempestad. Por esta razón, después de rodearlo de fortificaciones, lo dejaban bajo la custodia de considerables fuerzas, porque al vencedor en el campo de batalla se le consideraba vencido si perdía su campamento. En efecto; el campamento es la retirada después de la victoria, el refugio después de la derrota. ¡Cuántas veces se han visto ejércitos desgraciados en el combate y rechazados hasta su campamento esperar ocasión favorable, ó solamente algunos instantes, para lanzarse de pronto y derrotar al enemigo victoriosos! Esta mansión militar es una segunda patria cuyas murallas son los parapetos, en la que la tienda de cada soldado es su casa y su hogar. Si hubiésemos trabado el combate como vagabundos sin refugio, ¿dónde nos hubiésemos retirado después de la victoria? A estas dificultades y á motivos tan poderosos se opone el infinito trabajo que hubiésemos tenido persiguiendo al enemigo hasta el interior de la Macedonia, si hubiese aprovechado la ocasión que le dejábamos para escapar durante la noche. Por mi parte, considero como seguro que si hubiese tenido tal intención, no nos habría esperado ni venido á presentar batalla. En efecto; ¿no le hubiese sido mucho más fácil retirarse cuando estaba-

mos lejos que ahora que le estrechamos de cerca y que no podría burlar nuestra vigilancia partiendo de día ó de noche. Además, ¿qué cosa mejor podría acontecernos? En vez de tener que forzar un campamento protegido por las orillas inaccesibles de un río y rodeado de empalizadas apoyadas en torres, ¿no tendríamos más ventaja persiguiendo en campo raso á un enemigo que abandona su campamento y huye en desorden? Por estas razones aplacé ayer la batalla para hoy: yo también quiero combatir, y como el Enipeo me cerraba el camino para llegar al enemigo, me he abierto otro forzando los puestos que guardaban otro desfiladero, y no cesaré de perseguir á Perseo hasta haber terminado la guerra.»

Profundo silencio reinó después de esta oración: unos opinaban como el cónsul; otros temían disgustarle con inútiles quejas por la ocasión perdida con razón ó sin ella, pero perdida sin remedio. Aquel mismo día ni el rey ni el cónsul querían combatir; el rey porque no podía atacar como la víspera tropas fatigadas por larga marcha, obligadas á formarse precipitadamente y en desorden; el cónsul, porque su campamento, apenas terminado, no estaba abastecido de leña ni de forraje, y porque mucha parte de sus soldados había salido á hacer provisiones en los campos inmediatos. Pero á pesar de la repugnancia de los dos jefes, el hado, más poderoso que la voluntad humana, produjo el combate. Cerca de los dos campamentos corría un riachuelo en el que los romanos y Macedonios tomaban agua bajo la protección de dos destacamentos que guardaban las orillas. Formaban las fuerzas romanas dos cohortes, la marrucina y la peligna, con dos turmas de jinetes samnitas, al mando de M. Sergio Silo, legado de Emilió. Además, C. Cluvio, otro legado del cónsul, cubría el campamento con tres cohortes, la firmana, la vestina y la cremonen-

se, y dos turmas de caballería, una de Placencia y otra de Esernia. Los dos cuerpos estacionaban tranquilamente en las orillas del río, cuando hacia la hora nona, habiéndose escapado un caballo de los romanos, huyó hacia la orilla opuesta. Tres soldados le persiguieron, entraron en el agua hasta las rodillas, le arrancaron á dos tracios que lo llevaban al otro lado desde el centro del río y regresaron á su puesto con el caballo después de matar á un tracio. Ocupaba la orilla opuesta un destacamento de ochocientos tracios. Irritados algunos de ellos por la muerte de su compañero, que había sucumbido ante sus ojos, cruzaron el río para perseguir á los matadores, siguiéndoles mayor número y muy pronto todos los demás, trabándose el combate con las fuerzas romanas que cubrían la otra orilla. Pretenden algunos autores que el mismo Paulo mandó soltar un caballo sin freno hacia la otra orilla, enviando en seguida á perseguirle con objeto de que el enemigo fuese el agresor. La razón de esto era que habíanse inmolado ya veinte víctimas, sin poder esperar que los dioses fuesen favorables, cuando los arúspices encontraron presagios más afortunados en las entrañas de la víctima y prometieron la victoria á los romanos, si no hacían otra cosa que defenderse. Por lo demás, fuese cálculo del general ó efecto de la casualidad, lo cierto es que este origen tuvo el combate; y como por ambas partes acudían los soldados en socorro de los suyos, la pelea se hizo muy pronto tan animada que los jefes se vieron obligados á arriesgar una batalla general y decisiva. Emilio, al ruido que hacían los soldados que corrían al combate, había salido de su tienda, y considerando que no era fácil ni seguro querer contener ó reprimir su ciega impetuosidad, creyó deber aprovechar el ardor de las tropas y no despreciar la ocasión que la casualidad le ofrecía. Mandó salir del campamento al ejército, re-

corrió á caballo las filas y exhortó á los soldados á mostrar en el combate tanto ardor como el que les impulsaba. Al mismo tiempo envió á Nasica para que reconociese el estado de las cosas en la primera línea, y muy pronto regresó éste para anunciar que Perseo avanzaba con su ejército en orden de batalla. Al frente marchaban los tracios, de rostro feroz y elevada estatura, llevando en el brazo izquierdo un escudo deslumbradoramente blanco. Negra clámide les cubría los hombros y con la mano derecha blandían de tiempo en tiempo pesada lanza. Después de los tracios venían las tropas auxiliares á sueldo de Perseo, cuyo traje y armamento variaban según la nación á que pertenecían. Entre estos estaban los peonios. Detrás aparecía un cuerpo macedónico, llamado falange Leucáspida, compuesta de hombres escogidos entre los más robustos y valientes: reconocíaseles por el brillo de sus doradas armas y sus túnicas rojas. Este cuerpo ocupaba el centro. Seguía otra falange llamada Calcúspida ó Agláspida, á causa de sus escudos de bronce bruñido, colocada en el ala derecha detrás de la primera. Además de estas dos falanges, que formaban la fuerza principal del ejército macedónico, habían puesto en las alas, pero delante del frente de batalla, los demás soldados macedonios, armados con sarisas como las falanges, pero siendo más ligeras sus otras armas. La llanura relumbraba con el brillo del acero y en las alturas vecinas resonaban los gritos de los soldados que se animaban mutuamente. Todas aquellas tropas se lanzaron al combate con tanta rapidez y audacia, que los primeros muertos cayeron á doscientos cincuenta pasos del campamento romano. Pero Emilio avanzaba por su parte, y en cuanto vió á los soldados y á las demás tropas macedónicas cubrirse con los escudos y bajar las sarisas á la primera señal, para recibir el choque de los roma-

nos, el aspecto de aquellas filas compactas é impenetrables, de aquella muralla erizada de lanzas le produjo sorpresa no exenta de temor. Jamás habían contemplado sus ojos espectáculo tan terrible, y muchas veces refirió después lo que experimentó en aquella circunstancia. Pero entonces, ocultando cuidadosamente la turbación de su ánimo bajo aspecto tranquilo y sereno, y no queriendo cubrirse con el casco y la coraza, ordenó sus tropas en batalla. Los pelignos estaban ya peleando con las fuerzas armadas con escudos ligeros que tenían en frente, no pudiendo, á pesar de sus esfuerzos, quebrantar su compacta masa. Entonces Salio, que mandaba los pelignos, cogió la enseña y la lanzó en medio de las filas enemigas. Aquella fué la señal de encarnizada lucha: los pelignos quisieron á toda costa recobrar su enseña y los macedonios conservarla. Los primeros se esforzaron en cortar con las espadas las largas picas de los segundos, rechazarlas con el escudo ó separarlas con la mano; pero los macedonios cogían con las dos su terrible arma, la lanzaban con tanto vigor sobre los enemigos que se precipitaban sobre ellos con ciego y temerario vigor, que atravesando á la vez carazas y escudos, herían los hombres y los arrojaban unos sobre otros. Derribadas de esta manera las primeras filas de los pelignos, los que se encontraban detrás corrieron en seguida la misma suerte, y todo el cuerpo, sin declararse abiertamente en fuga, retrocedió dirigiéndose á la montaña que los indígenas llaman Olocro. Tanta cólera experimentó Emilio, que, en su indignación, desgarró su manto. Veía en los demás puntos á sus soldados vacilar y no acercarse sino con temor á aquella muralla erizada de picas que el ejército macedonio presentaba por todas partes; pero el hábil general vió que aquella muralla terrible no estaba igualmente cerrada por todos lados; que en diferentes puntos ofre-

cía aberturas, bien por consecuencia de la desigualdad del terreno, bien á causa de su inmenso desarrollo. En efecto; el movimiento progresivo de la cabeza y la cola, la fogosidad y marcha de unos, la lentitud é inmovilidad de otros, el ímpetu de los que atacaban, la retirada de los que cedían, hacía que los macedonios rompiesen á pesar suyo la igualdad de su línea. Con objeto de desconcertar por completo la maniobra del enemigo y debilitarle, dividiendo en combates parciales aquella falange cuya masa le oponía inexpugnable baluarte, el cónsul mandó á sus soldados que se lanzasen vivamente formando la cuña en todos los huecos que les ofrecían las filas enemigas, que penetrasen en todas las aberturas y peleasen enérgicamente. Después de dar esta orden y de hacerla comunicar á todas las filas, él mismo llevó al enemigo la segunda legión.

Todo contribuía á inflamar el ardor del soldado, la majestad del mando, la gloria del general, su edad especialmente, que no le impedía, pasando de los sesenta años, ser el primero en compartir con la juventud las fatigas y los peligros. La legión llenó el intervalo que mediaba entre la falange y el cuerpo de los escudos pequeños y rompió la línea enemiga, cogiendo por la espalda á los soldados armados con la cetra y de frente á las falanges llamadas Agláspidas. L. Albino, varón consular, recibió orden de llevar la segunda legión contra la falange Leucáspida que formaba el centro, y se mandó avanzar al ala derecha, que había trabado la acción en la orilla del río, los elefantes y la caballería de los aliados. Por este lado comenzó la derrota de los macedonios; pero los elefantes solamente sirvieron para asustar, como la mayor parte de las invenciones humanas que seducen por las palabras, pero cuya inutilidad se revela cuando se trata de obrar y no de perorar acerca de los medios de llegar á la práctica. Los aliados del

nombre latino apoyaron el ataque de los elefantes y penetraron en el ala izquierda. En el centro, la maniobra de la segunda legión rompió la falange, y nada contribuyó tanto á decidir la victoria como los combates parciales y múltiples, que comenzaron por desordenar la quebrantada falange y concluyeron por ponerla en derrota. En efecto; este cuerpo tiene irresistible fuerza mientras presenta un frente compacto y erizado de amenazadoras picas; pero si muchos ataques sobre diferentes puntos obligan á alguna conversión de soldados armados con picas cuya longitud y peso hace difíciles de manejar, ocurren entorpecimiento y confusión en sus movimientos, y á la menor alarma en los costados ó en la retaguardia se desordenan las filas, sobreviniendo inevitable derrota. Así ocurrió en aquella ocasión, en que la necesidad de avanzar contra el enemigo que atacaba por columnas, obligó á los falangistas á abrirse por muchos puntos y dejar á los romanos que penetrasen por todos los intervalos. Si por el contrario, los romanos hubiesen atacado á la falange de frente, en toda la línea, como hicieron los pelignos, que, al comenzar el combate, atacaron sin precaución á los cetratos, se habrían clavado en las picas sin poder resistir á la compacta masa de la falange.

Por lo demás, si la infantería fué destrozada en todas partes, exceptuando corto número que huyó arrojando las armas, la caballería se retiró casi sin pérdidas. El ejemplo de fuga lo dió el rey, dirigiéndose de Pydna á Pela con la caballería de su guardia, siguiéndole en seguida Cotys y la caballería de los odrisos. El resto de la caballería macedónica se retiró ordenadamente, porque el encarnizamiento de los vencedores en el exterminio de los peonés que se encontraban entre ellos y los jinetes, les hizo olvidar la persecución. La falange estuvo mucho tiempo sufriendo la matanza en el frente, los

fiancos y la retaguardia; y al fin, los que escaparon al hierro del enemigo, abandonaron sus armas y huyeron hacia el mar. Algunos entraron en el agua, y tendiendo las manos hacia los soldados de la flota les suplicaban les perdonasen la vida. Al ver las barcas, que por todas partes se destacaban de las naves, creyeron que venían á socorrerlos, que querían cogerles más bien que matarles, y avanzaron más; algunos comenzaron á nadar; pero cuando vieron á los soldados de las barcas matar sin compasión á los fugitivos, los que tuvieron fuerza para ello volvieron á tierra á nado, para encontrar allí muerte más espantosa, porque en cuanto salieron del agua cayeron bajo los pies de los elefantes llevados por sus conductores á la playa. Todos están conformes en decir que jamás cayeron bajo los golpes de los romanos en una sola batalla tantos soldados macedonios. En efecto; el enemigo perdió cerca de veinte mil hombres, y unos seis mil que se refugiaron en Pydna cayeron vivos en poder del vencedor, que sorprendió además é hizo prisioneros á otros cinco mil fugitivos. Los romanos perdieron cien hombres, la mayor parte pelignos; pero el número de heridos fué más considerable. Si la batalla hubiese comenzado antes y el día hubiera sido bastante largo para que el ejército romano persiguiese á los vencidos, todas las fuerzas de Perseo habrían quedado destruídas; pero la proximidad de la noche favoreció á los fugitivos, deteniéndose los romanos en la persecución porque no conocían el terreno.

Perseo huyó hacia la selva Pieria, siguiendo el camino militar, con su guardia y considerable cuerpo de caballería. Cuando llegó al punto en que se divide en muchos brazos el camino, viendo que se acercaba la noche, penetró en uno de travesía con corto número de amigos fieles. Quedando sin jefes la caballería, se dispersó por diferentes lados, volviendo cada jinete á su país. Algu-

nos llegaron á Pela antes que el rey, porque siguieron el camino más directo, que era el más fácil. El rey llegó á media noche, después de experimentar profundos terrores y encontrado muchos obstáculos. En su palacio encontró á Eucto, prefecto de Pela, y á sus pajes; pero de todos sus cortesanos que de diferentes maneras habían escapado á la matanza del campo de batalla y habían llegado á Pela, ninguno, á pesar de las reiteradas instancias del rey, quiso reunirse con él. Solamente tenía tres compañeros de fuga, el cretense Evandro, el boecio Neón y el etolio Arquidamo. Temiendo en seguida que la negativa que había recibido fuese prelude de tentativas más culpables, se puso de nuevo en camino á la cuarta vigilia con sus tres amigos, siguiéndole unos quinientos cretenses. Dirigióse hacia Amfipolis, y como había partido de Pela durante la noche, se apresuró á atravesar el río Axio antes de amanecer, persuadido de que la dificultad del paso detendría la persecución de los romanos.

De regreso á su campamento la alegría del cónsul victorioso quedó turbada por las inquietudes que le causaba la ausencia de su hijo menor P. Escipión, á quien más adelante la destrucción de Cartago le valió el honor de que le llamasen el segundo Africano. Hijo del cónsul Paulo, pasó por adopción á ser nieto del primer Escipión el Africano. Tenía á la sazón este joven diez y siete años solamente, circunstancia que aumentaba los temores de su padre: arrebataado por el ardor de la persecución, le arrastró la multitud, y no regresó hasta muy tarde. Solamente entonces, al ver á su hijo sano y salvo, el cónsul saboreó toda la alegría de tan importante victoria. Cuando llegó á Amfipolis la noticia de la batalla, las señoras de la ciudad acudieron en tropel al templo de Diana Turopola para implorar la protección de la diosa. Entonces Diodoro, prefecto de Amfipo-

lis, temiendo que los dos mil tracios de la guarnición aprovecharan aquel tumulto para saquear la ciudad, hizo que le entregasen en la plaza pública cartas traídas por fingido mensajero que había ganado al efecto. Aquellas cartas decían «que los soldados de la flota romana acababan de desembarcar en la costa de la Emacia, que talaban los campos inmediatos y que el prefecto de la provincia pedía socorros contra los agresores.» Después de la lectura, exhortó á los tracios «á que partiesen para defender la costa de la Emacia, diciéndoles que los romanos dispersos por los campos les ofrecían fácil victoria y rico botín.» Al mismo tiempo declaró que no podía prestar fe á la noticia de la derrota, y que «si el hecho fuese cierto, lo hubiese confirmado la llegada sucesiva de fugitivos.» Con esta astucia consiguió que partiesen los tracios, y cuando supo que se encontraban al otro lado del Strymón, mandó cerrar las puertas.

Tres días después llegó Perseo á Amfipolis, desde donde envió legados á pedir la paz á Paulo. Entretanto, Hippias, Medón y Pantanco, los principales confidentes del rey, que se habían refugiado en Beroa después de la derrota, se presentaron al cónsul y le entregaron aquella plaza. Dominadas por el terror las demás ciudades, se dispusieron á seguir su ejemplo. Emilio, después de enviar á Roma á Q. Fabio, su hijo, L. Léntulo y Q. Metelo con cartas para anunciar su victoria, abandonó á la infantería los despojos del enemigo que habían quedado en el campo de batalla, y á la caballería el botín que pudiese recoger en las casas, á condición de no pasar más de dos noches fuera del campamento. En seguida se acercó al mar, en dirección á Pydna. En dos días se vió dueño primeramente de Beroa y después de Tesalónica y de Pela y al fin de casi toda la Macedonia. Pydna, que era la ciudad más inmediata, no había enviado le-

CAPILLA ALFONSO SINA

gados todavía: muchedumbre de soldados de diferentes naciones y la multitud que se refugió allí huyendo del campo de batalla, impedía á los habitantes deliberar y ponerse de acuerdo para una determinación. No solamente permanecían cerradas las puertas, sino que hasta las habían tapiado. Medón y Pantanco fueron al pie de las murallas á conferenciar con Solón, que mandaba en la plaza. Ganado por éstos, hizo salir á la muchedumbre de soldados y entregó la ciudad, que quedó á merced de la tropa para que la saquease. Perseo, que inútilmente había solicitado el socorro de los bisaltos, única esperanza que le quedaba, se presentó en la plaza de Anfípolis, acompañado de su hijo Filipo, para animar con sus exhortaciones el valor de los habitantes y el de los peones y jinetes que le habían seguido hasta allí, ó á quienes la fuga había llevado hasta la ciudad. En vano quiso hablar: los sollozos ahogaban su voz, ya no pudiendo hacerlo él mismo, encargó al cretense Evandro que expresase lo que quería decir al pueblo y bajó de la tribuna. Pero aquel mismo pueblo al que había arrancado lágrimas y gemidos la presencia de su rey llorando, no quiso escuchar á Evandro y hasta se atrevieron á gritarle desde en medio de la asamblea: «¡Marchaos de aquí, no sea que vuestra presencia acarree la muerte de los pocos habitantes que han sobrevivido á vuestros desastres!» Estas duras palabras cerraron los labios á Evandro. El rey se retiró á su palacio, hizo llevar á las barcas que esperaban en el Strymón cuanto tenía en oro y plata, y bajó hacia el río. No atreviéndose los tracios á exponerse á los azares de la navegación, se dispersaron para regresar á su país, así como las demás tropas. Solamente los cretenses cedieron al cebo del dinero, y como lo que tenían á su disposición, más á propósito era para irritar su avaricia que para satisfacerla, les dejaron saquear cincuenta

talentos en la playa, y después de hacer el reparto, se embarcaron tumultuosamente, sobrecargando tanto una barca, que la echaron á fondo en la desembocadura del río. Las otras llegaron aquel día á Galepso y al siguiente á Somothraca, que era el término del viaje. Calcúlase en diez mil talentos el Tesoro trasladado á aquella isla.

Paulo envió jefes á todas las ciudades que se habían sometido, para que protegiesen de toda violencia á los vencidos, mal defendidos aún por la reciente paz, y retuvo á su lado á los legados del rey. En seguida, ignorando la fuga de éste, envió á P. Nasica á Anfípolis con fuerzas de infantería y caballería, para destruir la Síntica y oponerse al mismo tiempo á todas las empresas de Perseo. Entretanto Cn. Octavio tomó Melilea y la entregó al pillaje. Cn. Anicio, legado del cónsul, encargado del sitio de Egina, perdió doscientos hombres en una sorpresa que organizaron los habitantes, que ignoraban había terminado la guerra una batalla decisiva. El cónsul partió de Pydna, y en dos días de marcha llegó á Pela con todo el ejército, estableciendo su campamento á una milla de las murallas, deteniéndose algunos días para reconocer los alrededores. La situación de aquella ciudad justificaba la elección que los reyes de Macedonia habían hecho de ella para establecer su residencia. Construída en una altura que desciende hacia el Noroeste, está rodeada de lagunas, formadas por el sobrante de los lagos, tan profundas que son impracticables en invierno y verano. Del centro de la laguna más cercana de la ciudad se alza en forma de isla una fortaleza, asentada sobre un dique de inmenso trabajo, bastante fuerte para sostener las murallas y resistir la acción de las aguas que lo rodean. Desde lejos parece unida la fortaleza á las murallas de la ciudad; pero la separa de ella un canal sobre el que hay un

puente de comunicación. De esta manera no ofrece acceso á los ataques exteriores, y los prisioneros que el rey mandaba encerrar en ella no podían escapar sino por el puente, cuya custodia es muy fácil. Allí estaba encerrado el tesoro del rey, pero entonces solamente se encontraron los trescientos talentos que Perseo ofreció á Gencio y cuya remisión detuvo. Durante la permanencia de Emilio en Pela, recibió numerosas legaciones, especialmente de la Tesalia, que venían á felicitarle. Sabiendo en seguida que Perseo había pasado á la isla de Somothraca, partió de Pela y llegó á Amfipópolis en cuatro días de marcha. El apresuramiento con que los habitantes salieron á recibirle, le demostró claramente que no se creían privados de un rey bueno y justo, sino libres del tirano más cruel. Paulo entró en la ciudad y fué á rendir homenaje á los dioses, y ofreciendo estaba un sacrificio solemne cuando cayó un rayo sobre el altar, incendiándolo de pronto. Todos vieron en aquel prodigio que la ofrenda del cónsul era muy agradable á los dioses inmortales, puesto que el fuego del cielo bajaba para consumirla. No permaneció mucho tiempo en Amfipópolis Paulo Emilio, porque quería perseguir á Perseo y llevar sus armas victoriosas á todas las provincias que reconocían la autoridad del rey. Pasó, pues, á la Odomántica, comarca que se extendía al otro lado del río Strymón y acampó bajo las murallas de Siras.

FIN DEL LIBRO XLIV.

LIBRO XLV.

SUMARIO.

Prisión de Perseo.—Sitio de Alejandría por Antioco.— Los legados romanos le mandan levantarlo.—El rey obedece.—El Senado recibe legaciones de pueblos y reyes que le felicitan.—Los legados de Rodas: su defensa en el Senado.—Macedonia provincia romana.—Triunfo de Emilio Paulo.—Muerte de dos hijos del vencedor.—Clausura del lustro.—Llegada á Roma de Prusias, rey de Bithinia.—Acusación de este príncipe.

Los mensajeros de la victoria Q. Fabio, L. Léntulo y Q. Metelo se apresuraron á trasladarse á Roma, pero la fama se les adelantó y encontraron la ciudad entregada al regocijo. Cuatro días después del combate durante los juegos del circo, se propagó de pronto en la asamblea la noticia de la batalla librada en Macedonia y de la derrota del rey. Este rumor, sordo al principio, circuló muy pronto por todas partes, concluyendo por suscitarse gritos y aplausos, como si se tuviese seguridad de la victoria. Asombrados los magistrados quisieron descubrir al autor de la fausta noticia; y habiendo sido infructuosas las pesquisas, el regocijo se disipó con la inseguridad del acontecimiento; sin embargo, persistió en los ánimos agradable presentimiento. Cuando quedó confirmada la victoria por el terminante mensaje de Fabio, Léntulo y Metelo, regocijéronse todos por la vic-